

Caso: Auge, fulgor y muerte del Fax

Una serie de cambios tecnológicos y culturales se combinaron para hacer inviable al joven fax. Primero fue el PC, posteriormente los celulares y más recientemente los dispositivos tipo iPad.



A fines de abril de 2011 se anunció el cierre de la última fábrica de máquinas de escribir, la empresa Godrej & Boyce Manufacturing Company, la última en el planeta que todavía vendía máquinas de escribir, publicó el remate de las últimas 500 piezas que le quedan. De hecho, la producción de éstas, se detuvo en 2009. En la década de 1990 se vendían alrededor de 50,000 al año, pero ahora para tristeza de muchos, estas bellezas de metal, letras y tinta han llegado a su último adiós.

Resulta paradójico pensar en la indiferencia de las generaciones más jóvenes, quienes ni siquiera llegaron a conocer estos aparatos, versus las lágrimas de despedida de escritores, periodistas y todos

aquellos que extrañarán el sonido de las pesadas teclas metálicas sobre el papel. Esto es sin duda una prueba más de que el mundo no se detiene a esperar a nadie.

No muy lejano a ello está el caso del fax. Si le preguntamos a un joven qué es un fax, lo más seguro es que no tenga idea. Algo curioso si pensamos que hace menos de una década el “[fax](#)” o “[facsimil](#)” era una máquina obligada en el paisaje de cualquier oficina moderna. ¿Qué explica el auge y la virtual extinción de este aparato? Respondiendo en una frase: que el cambio tecnológico no toma prisioneros.

El fax tiene poco más de 25 años de vida, pero su concepción -por extraño que parezca- tiene más de 160, lo cual convierte al fax en un aparato más antiguo que el teléfono. En efecto, [Alexander Bain](#) obtuvo la patente de invención del fax en noviembre de 1843, la cual le fue otorgada en base a un diseño meramente teórico.

El fax se abrió espacio en los mercados compitiendo contra diversas tecnologías existentes. Primero fue el telégrafo y más tarde el teléfono, (paradójicamente este último sería clave para su masificación). Sin embargo, su principal barrera de entrada tuvo que ver más bien con la carencia de estándares de comunicaciones, algo necesario para que dos aparatos pudieran “conversar” entre ellos. Recién a mediados del siglo pasado, la empresa [AT&T](#) desarrolló un fax de sobremesa que permitía transmitir una imagen en blanco y negro, en sólo siete minutos.

En definitiva, fueron los japoneses (líderes en el desarrollo de la electrónica durante los años '70 y '80) quienes apostaron a popularizar el fax, motivados principalmente por una realidad de carácter cultural. A diferencia del alfabeto occidental, el idioma japonés requiere miles de caracteres para su escritura, lo cual hacía muy compleja la tarea de enviar textos usando un

teletipo. El fax ofrecía la oportunidad de tratar cualquier texto (o imagen) como una simple secuencia de “bits”, en estado encendido (negro) o apagado (blanco). Hacia fines de los 80, el fax se populariza rápidamente en Japón y, pocos años más tarde, en el resto del mundo.

El tiro de gracia: la convergencia de las tecnologías digitales

Habría sido difícil imaginar, que los facsímiles, considerados un verdadero símbolo de la oficina moderna a fines del siglo pasado, estaban condenados a tener una muy corta vida como aparatos aislados e independientes. Una serie de cambios tecnológicos y culturales se combinaron para hacer inviable al joven fax. Primero fue el PC, posteriormente los celulares y más recientemente los dispositivos tipo iPad.

La creciente velocidad de los procesadores, la altísima definición de las pantallas, junto a los bajos costos que derivan de su uso masivo y más importante aún, la adopción de la mensajería de texto y del correo electrónico, le quitaron toda relevancia a la funcionalidad que proveía un aparato con línea telefónica dedicada. Si a ello sumamos la costumbre cada vez más generalizada de trabajar con imágenes, textos y todo tipo de información directamente en la pantalla, sin necesidad de documentos impresos, es fácil comprender que los días del fax estaban contados.

El mundo en el que nos ha tocado operar está profundamente marcado por el cambio. Pese a los impresionantes avances tecnológicos de los que la humanidad ha sido testigo en las últimas décadas, el desarrollo del conocimiento continúa y los pronósticos auguran que el cambio no se estancará, sino que por el contrario, tenderá a acelerarse y profundizar su efecto sobre la sociedad.

En esta realidad, ningún producto ni empresa está libre de la amenaza que representa la aparición de formas más potentes, más económicas o más atractivas de hacer las cosas. En lugar de tapar el sol con la mano, el deber de toda organización que quiera mantenerse competitiva, consiste en estar alerta a detectar de manera eficaz las oportunidades y amenazas de cambios tecnológicos que, como muestra la historia del fax, pueden tener efectos devastadores sobre negocios que parecían florecientes y muy promisorios.